

informaron allí mismo, ha habido ganado alzado en otro tiempo; pero en el día no existe, y en clase de cuadrúpedos solo hemos visto ciervos, lobos anfibios, cerdos cimarrones, carpinchos y rastros frecuentes de tigres.

Los títulos primitivos designan así la isla: "La isla de Gonzalo Alvarez ó de Paicarabí, está situada como á ocho leguas, poco más o menos de esta ciudad (Buenos Aires) á la otra banda del río de las Palmas, cercada de cinco Paranás, poblada de casas, árboles frutales y viñas; y en ella tuvo uno de los ascendientes del propietario un establecimiento de pastoreo por los años de 1761 y 62".

La carta en cuestión demuestra su interés por el aspecto lexicográfico de los temas: nomenclatura de árboles; exactitud en la aplicación de los vocablos, que le lleva a preferir algunos tachados de "técnicos o raros", de lo que se defiende con ahínco. El carácter de galicismo de alguno de esos términos como *constatar*, del que sin embargo se jacta, indican una actitud lingüística no atada a la norma y resulta útil para determinar el uso temprano de esa palabra entre nosotros; el testimonio del empleo de *recién* junto a verbo conjugado, permite seguir la línea de continuidad de tal empleo en nuestro país.

MARÍA LUISA MONTERO

Buenos Aires, Argentina.

## EL PODER DE LA PALABRA

Cuando retumban, creadoras  
y nuevas, las palabras, y  
cuando los dioses lanzan los  
dados... FEDERICO NIETZSCHE

Lo innombrado es lo ignorado. La palabra es punto de partida de todo lo que es humano. La correspondencia entre los hombres y el mundo pasa siempre por la mediación de la palabra. Ella es voz que nombra la realidad, es referencia y signo que determina todas las representaciones. Las edades de los hombres suelen dibujarse sobre algunas particulares palabras. *Dios*,

*eternidad, cielo, infierno*: por siglos fueron esas las palabras encargadas de referir las inamovibles certezas de los hombres. *Progreso y civilización* fueron, luego, las palabras que, incansablemente, repitió una modernidad que, largamente, dura hasta nuestros días. El presente repite, hoy, palabras que nombran la vida y el tiempo como precariedad, como vulnerabilidad y como riesgo; también como equilibrio e interrelación, como entretejido e inexorable dependencia mutua. Nuestro tiempo ha recuperado, por ejemplo, una antiquísima palabra griega: *oikos*. *Oikos* significa entorno, hábitat. De ella han nacido 'ecología' y 'ecosistema': términos que aluden a la natural realidad de un diálogo existente entre todas las cosas presentes en el mundo.

Nuestros apresurados días hacen repetir constantemente a los hombres palabras como 'reciprocidad' o 'convivencia'. Reciprocidad alude a comportamientos análogos entre el otro y el yo: reunión de individualidades en mutuo e interminable hacerse. Convivencia remite a cercanía: los seres humanos vivimos cada vez más próximos los unos de los otros, y todos, juntos, compartimos espacios que comienzan a clausurarse. Reciprocidad y convivencia significan, a fin de cuentas, lo mismo: reunión de particularismos coexistiendo en el interior de una realidad común, de un similar espacio. Toda individualidad forma parte y, a la vez, depende de ese entorno que la rodea y complementa. Todo ser humano es egoísta ante su entorno. Es egoísta por necesidad: de sobrevivir, de conservarse, de proyectarse, de crecer... Desde su propia interioridad, el yo vislumbra un mundo que es otredad, que es extrañeza eventualmente amenazante. En su íntima e irrenunciable subjetividad, el yo percibe un mundo independiente de él e indiferente a él. Sólo existen algunas ínfimas parcelas que atañen a mi yo. Ortega y Gasset las llama "campos pragmáticos": delimitaciones de interés, cercanías insoslayables que van dibujando un mapa de la vida de cada ser humano, de su caminar, de su destino.

"Hay sólo dos divinidades –ha dicho Wittgenstein–: el mundo y mi yo independiente". Mi yo independiente es mi interioridad, mi conciencia, mi íntima subjetividad viviendo y creciendo a partir de mi memoria, de mis sentimientos, de mis emociones, de mis ideas. Desde su interioridad, el yo observa su horizonte. 'Horizonte' viene de la voz griega *orizein*, que significa delimitar, demarcar. En su propio espacio, cuando reflexiona, cuando ama, cuando recuerda, cuando odia, cuando actúa, cuando decide, el yo de cada ser humano *existe*, se mueve ante su horizonte. Cada nuevo paso va conduciendo al yo hacia otras experiencias, hacia nuevos y diferentes imaginarios. Mi yo percibe la vida como cambio, como transformación, como evolución indetenible. Ante la diversidad que lo

rodea y lo afecta, mi yo cuenta, esencialmente, con su *logos*; esto es: con su razón y su palabra. Heráclito definía el *logos* como el principio rector del cosmos, origen del orden, del conocimiento, de la norma y de todas las medidas. Desde el comienzo de los tiempos se ha repetido entre los hombres la mitología de un caos primigenio análogo a la ausencia de las palabras. El *Enuma elish* de los acadios habla de un caos acuático anterior al orden cósmico permitido por la presencia de los nombres: "Cuando al cielo arriba no se le había puesto nombre, ni el nombre de la tierra firme abajo se había pensado ... cuando ningún dios había aparecido ni nada había sido nombrado con nombre". Para los griegos, *onoma* (nombre, palabra) se relacionaba con *nomos* que significaba organización, verdad, principio, fundamento, disposición. Todas las cosas y todas las acciones en el universo obedecían a una lógica propia de la naturaleza, esto es, a un *nomos*.

Ante la exterioridad siempre variable e impredecible, las palabras nombran la predecibilidad de todos los destinos, la voluntad de los hombres por descifrar su tiempo pasado, presente y futuro. Vicente Huidobro habló de un "último horizonte de las cosas" que sólo los poetas podían vislumbrar; un lugar donde el "lenguaje se convierte en ceremonial de conjuro". El mundo del hombre es la vida de cada quien decía Wittgenstein. Mundo y vida son una sola y misma cosa: ambos se encuentran en cada conciencia humana, en cada palabra individual. "Estoy tentado a decir que sólo mi propia existencia es real", repite Wittgenstein. O sea: el límite de mi cuerpo es mi silueta humana recortándose sobre la página en blanco del universo. El encuentro entre el yo interior y la infinitud de lo exterior se produce a través de las palabras. La palabra es el puente entre lo íntimo subjetivo y lo externo circundante. Enlace entre el yo y el nosotros: mi palabra, tu palabra, nuestra palabra... De lo convencional colectivo a lo subjetivo individual, de la historia de los pueblos a la existencia de cada uno de los hombres: las palabras comunican a las conciencias. Por ellas, el yo independiente de cada quien dialoga con todas las formas de otredad imaginables. Por ellas, todos los horizontes se hallan en comunicación, en posible cercanía. Las palabras son trascendencia: de nuestro cuerpo, de nuestro espacio. Según el imaginario griego, la palabra era vida imperecedera que se alejaba del cuerpo perecedero, sobreviviéndolo. *Soma* significaba cuerpo, y *sema* significaba tumba. Ambas imágenes –cuerpo, tumba– se acercaban extraordinariamente: cuerpo como sepulcro, como confín, como estrecho recinto del alma. Frente al cuerpo, las palabras representaban la libertad, la fuerza etérea del pensamiento y las ideas.

Nadie puede sustraerse a la sospecha de un mágico poder surgiendo de las palabras; intuir que existan secretas y hondas afinidades entre las cosas y los nombres de las cosas. Para los griegos, las palabras eran representaciones. Pronunciarlas equivalía a evocar lo nombrado con todas sus cualidades esenciales. Los nombres cobraban, así, el mismo valor de las cosas. “Qué poder –se pregunta PLATÓN en su diálogo *Cratilo*– tienen para nosotros los nombres?”. La respuesta que él mismo se da es clara y contundente: “quien sabe los nombres sabe las cosas”. Esa concepción cedería paso a otra que concebía a las palabras como signos convencionales sin relación alguna con la cosa nombrada. Ambas tesis aparecen, de hecho, confrontadas en el propio *Cratilo*. La mirada de Platón –a través de la voz de Sócrates– luce más próxima de la visión mágica de la palabra. Sin embargo, en su conclusión, el *Cratilo* apunta hacia la sospecha de que los nombres puedan ser ineptos para identificar el conocimiento auténtico de las cosas. Hoy, la fe en el poder mágico de la palabra subsiste en tres grandes espacios del conocimiento: la filología, la filosofía y, muy especialmente, la poesía. Los filólogos estudian la etimología de las palabras: aprenden de su evolución y de los cambios de sus significados. Los filósofos hurgan en una palabra elemental, esforzándose por descubrir en esa palabra una explicación de todas las demás. Los poetas, por su parte, tratan de dar con la palabra que describa las imágenes de todos los sentimientos, todas las emociones; la palabra que, indudablemente, alcance a nombrar esencias, verdades y destinos.

Por la poesía los hombres nos acercamos a la verdad poética: sabiduría a partir de la expresividad posible de casi cualquier cosa: paisajes, rostros, comportamientos, actitudes, gestos, recuerdos... La pregunta por la verdad poética postula una de las más auténticas y definitivas formas de conocimiento: el que nace de los sentimientos, la imaginación y la sensibilidad; el que existe en la necesaria comunicación entre los hombres; el que intuye todas las verdades contenidas en cualquier afirmación; el que nos permite reencontrar el universo dentro de nosotros mismos: trasladando lo cósmico a nuestra experiencia y acercando lo ignoto a lo que hemos experimentado y hemos vivido. La palabra de los poetas, ambigua como la vida, indescifrable a veces, también como la vida, es hija de las circunstancias de los hombres. El poeta es un ser privilegiado: en su sensibilidad encarna la faz de su época. La palabra poética es voz que termina con el silencio, es símbolo que dibuja experiencias, es grito y testimonio de recuerdos e ilusiones, es trazo oscuro de vicisitudes escritas sobre las páginas de las edades. Vida y poesía son, ambas, búsqueda y tiento. Original ambigüedad de la poesía

y original ambigüedad de la existencia: una y otra son irrepetibles. "La poesía es el solitario vuelo de la fe que une dos montañas por sobre el abismo. Nada distinto es la vida", ha dicho Héctor Murena.

A comienzos del siglo xx, Walter Benjamin imaginó otra forma de sabiduría necesaria para el hombre del tiempo por venir. Una sabiduría destinada a un hombre necesariamente más espiritual, individualizado y libre: ser independiente, contradictorio y siempre comunicativo. Una sabiduría que debía comenzar por asignar una importancia fundamental al lenguaje, el más representativo de los signos de la espiritualidad humana. En su *Programa sobre una filosofía futura*, dice BENJAMIN:

Así como la doctrina kantiana, para poder alcanzar sus principios, tuvo que verse en relación con una ciencia en cuyo respecto pudiera definirse, análogamente sucederá con la filosofía moderna. El gran cambio y corrección que ha de introducirse en un concepto de conocimiento unilateralmente orientado hacia lo matemático-mecánico, sólo podrá lograrse mediante la relación entre el conocimiento y el lenguaje... Kant no advirtió en modo alguno el hecho de que todo conocimiento filosófico tiene su única expresión en el lenguaje, y no en fórmulas y números.

Todo en el universo, concluye Benjamin, es diálogo. Todo en él termina convirtiéndose en traducción. Constantemente los hombres tratan de traducir en sus propios términos, los infinitos lenguajes del cosmos. Al interpretar la lengua muda de las cosas, el hombre cumple una función divina, prolonga el acto creador de Dios y, solitario, se coloca frente al universo, esforzándose en nombrar la alucinante vastedad de lo inabarcable. WITTGENSTEIN, en su *Tractatus lógico filosófico*, sostiene que la única tarea posible para la filosofía contemporánea debería ser la del estudio de las palabras. Mucho más que una filosofía del lenguaje, el *Tractatus* es un tratado de cosmología. Existe, dice Wittgenstein, una lógica del mundo en la medida en que nada en el mundo podría atentar contra la lógica. La lógica del universo se refleja en la lógica de los lenguajes humanos. Desde perspectivas opuestas, las miradas de Benjamin y Wittgenstein coinciden. La de Benjamin es una mirada totalizadora para la cual todas las cosas en el universo se expresan en alguna forma de lenguaje. La de Wittgenstein es la mirada a partir del lenguaje: descubrimiento del mundo desde las palabras que lo dibujan; reducción del universo al tamaño de los hombres que lo nombran.

El hombre es un ser ceremonial que, constantemente, necesita revestir sus actos de un sinnúmero de ritualizaciones con las que recubre de sentido todas sus intenciones y comportamientos. Ritualista por esencia, el hombre cubre de símbolos el universo. El lenguaje ha sido y es el mayor

ejemplo de esa voluntad ritualizadora. El lenguaje es suplantación del universo, sustitución de todas las cosas por medio de palabras. Más que nunca antes, el lenguaje reaparece hoy ante los ojos de nosotros, seres habitantes de un mundo que se acerca a un nuevo fin de milenio, como la primera y esencial expresión del espíritu humano. Regresar a la sabiduría del lenguaje sería una forma de regresar a nuestra propia humanidad. Quizá una de las maneras de entender nuestro presente sea familiarizándonos con las implicaciones de las palabras que él pronuncia, palabras relacionadas con cierta convicción de precariedad, de riesgo. El signo azaroso de nuestro tiempo se distingue en numerosos imaginarios descritos por palabras que nombran la fragilidad, la desarmonía, el absurdo; pero, también, la solidaridad, la comunicación, la imaginación, la ilusión... En suma, casi concluido nuestro extremo y terrible siglo xx, sería posible afirmar, parafraseando a Nietzsche, que la creencia final del hombre continúa siendo una metáfora de sus sueños, una forma de ficción.

RAFAEL FAUQUIÉ

Caracas, Venezuela.

## EL 'VOS' DEL MAESTRO CORREAS

Hay un paso en el *Arte de la lengua española castellana* (1625) de GONZALO CORREAS, que es de importancia central para acercarnos a desentrañar esa sorprendente escisión que se produce en español en el valor de *vos*: el ceremonial, recogido en el modelo idiomático hispánico como tratamiento enfático de respeto en marcos protocolares, donde despliega toda su gama de correlatos pronómino-verbales (*vos, os, vuestro, -áis, -éis, -is*); y el del voseo, de connotación, por el contrario, plebeya, con su característica hibridación paradigmática (*vos, te, ti, tu, tuyo, -ái, (-ás), -í (-és), -í (-ís)*) y sintagmática (*vo(s) te sienta(s)* y *tú te vai*) (su generalización rioplatense sin la connotación indicada es producto de la particular historia de política lingüística de ese país).

Pues bien, Correas sienta netamente como un hecho consumado la degradación del *vos*, en todo un paso riquísimo del *Arte* dedicado a los tratamientos, y en un contexto donde compara jerárquicamente ese *vos*